

Donald Davidson, *Mente, mundo y acción*, Barcelona, Paidós / I.C.E. U.A.B., 1992, 161 pp. (Introducción y traducción de Carlos Moya Espí.)

El presente libro incluye una amplia y representativa muestra del pensamiento actual davidsoniano alrededor de los problemas comúnmente mencionados bajo el rótulo de *Filosofía de la mente*. Contiene cinco artículos seleccionados expresamente por el autor para la edición castellana. Todos ellos van precedidos por una interesante introducción a cargo del Prof. Carlos Moya en donde se describe el marco filosófico general que supone la obra: la tesis según la cual las explicaciones de una acción mediante razones constituyen una forma de explicación causal, siendo las razones causas de la acción, la relación de esta tesis con su posición *monista anómala* acerca de lo mental, el explicar el significado en términos de condiciones de verdad y cómo se relaciona esto con una teoría de la interpretación, y por último, su particular posición frente a la posibilidad misma de la existencia de diversos esquemas conceptuales.

El primer artículo se titula "El mito de lo subjetivo". Aquí Davidson aborda el clásico problema de la relación entre la mente humana y el resto de la naturaleza. Retoma sus críticas al relativismo conceptual apoyándose ahora en algunas consideraciones acerca de los *contenidos de la mente*. Fundamentalmente ataca la idea de que hay una división básica entre la experiencia humana no interpretada y un esquema conceptual organizador. Esta tesis se funda en una imagen incoherente que toma la mente como un espectador pasivo, pero crítico, de un espectáculo interior. Defiende, en cuanto a lo subjetivo, que los pensamientos son privados por el hecho de pertenecer a una persona y asimétricos en cuanto a que en general la persona que los tiene sabe cuáles son sus contenidos en un modo privilegiado distinto del que los demás tienen sobre ellos. Pero, como contrapartida afirma que la posibilidad misma de pensamiento exige patrones compartidos de verdad y de objetividad.

El trabajo siguiente se llama "Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia". Como lo indica el título, se defiende una teoría de la coherencia de la verdad y el conocimiento pero que no entra en competencia con la teoría de la correspondencia. Lo que Davidson intenta mostrar es que la coherencia genera correspondencia. Su idea principal puede sintetizarse diciendo que hay que aceptar al mismo tiempo la correspondencia entre el lenguaje y el mundo sin que exista una confrontación entre lo que creemos y la realidad. Se critica, además, la posición metafísica de Putnam y se retoman ideas de Rorty y de Quine mostrando puntos de contacto y diferencias.

El tercer artículo, denominado "Engaño y división", aborda el problema del autoengaño como parte del problema general de la irracionalidad. Este parece exigirnos sostener al mismo tiempo que alguien cree a la vez una proposición y su negación y que una de esas creencias sirve de apoyo a la otra. Davidson responde a esta cuestión diciendo que las personas pueden mantener separadas creencias estrechamente relacionadas pero opuestas. En esa medida, hay que aceptar la idea de que puede haber límites entre partes de la mente. Tales límites no son descubiertos por la introspección, sino que constituyen apoyos conceptuales para la descripción coherente de irracionalidades genuinas. El autor admite, entonces, una incoherencia en el pensamiento del que se autoengaña; pero la explicación de ella no puede hacerse sin recurrir a la razón y sus límites.

Los últimos dos artículos se llaman "El conocimiento de la propia mente" y "Las condiciones del pensamiento". En ellos se trata el problema de la explicación de cómo llegamos a saber lo que piensan otras personas y el de cuáles son las condiciones necesarias para la existencia de pensamiento. Se propone la tesis de que los objetos y eventos que causan las creencias determinan sus contenidos. Se defiende una posición *externalista*, en el sentido de que el contenido de las creencias, las intenciones y las demás actitudes proposicionales es de carácter social, en cuanto a que depende de la posesión del concepto de verdad objetiva. Este concepto no podría tenerse si no se compartiera con el otro un mundo y una forma de pensar sobre el mismo. Ninguna explicación en términos de estados o procesos físicos, causal-funcionales, computacionales o sintácticos puede darse acerca del contenido de lo que está en nuestra mente. Este hecho, al contrario de lo que piensan Burge y Putnam, no constituye una amenaza a la autoridad de la primera persona. Una vez que se abandona el mito de lo subjetivo, la idea de que los pensamientos requieren objetos mentales, se pueden sostener al mismo tiempo la autoridad de la primera persona, los determinantes externos del pensamiento y del significado y el carácter social del lenguaje, tesis incompatibles para el externalismo clásico.

Para terminar quiero destacar que el libro brinda a los lectores de habla hispana un excelente medio para analizar la problemática actual en que se encuentra la cuestión del contenido de lo mental. (Eduardo Barrio)